



actas

del consejo superior

año LXIV - octubre-diciembre 1983

N.º 310

órgano oficial
de animación
y comunicación
para la
congregación salesiana

Direzione Generale
Opere Don Bosco
Roma



actas

del consejo superior
de la sociedad salesiana
de san Juan Bosco

ORGANO OFICIAL DE ANIMACION Y COMUNICACION PARA LA CONGREGACION SALESIANA

N.º 310

año LXIV

octubre-diciembre 1983

		<i>Página</i>
1. CARTA DEL RECTOR MAYOR Don Egidio Viganó	DON BOSCO SANTO	3
2. ORIENTACIONES Y DIRECTRICES	No se dan en este número	
3. DISPOSICIONES Y NORMAS	No se dan en este número	
4. ACTIVIDADES DEL CONSEJO	4.1. De la crónica del Rector Mayor	21
	4.2. Actividades de los Consejeros	21
5. DOCUMENTOS Y NOTICIAS	5.1. Preparación del XXII Capítulo General	30
	5.2. Intervención en el Sínodo	36
	5.3. Solidaridad fraterna	39
	5.4. Fórmula para el «Acto de Abandono»	41
	5.5. Repertorio de las Memorias biográficas	44
	5.6. Noticias de las misiones	44
	5.5 bis. Centro latinoamericano de documentación indigenista	45
	5.7. Nombramiento pontificio	48
	5.8. Hermanos difuntos	49
6. COMUNICACIONES	Cambios de dirección y de teléfono	

Central Catequística Salesiana
Alcalá, 164 - Madrid-28
Edición extracomercial

Instituto Politécnico Salesianos-Atocha

1. CARTA DEL RECTOR MAYOR

Don Egidio VIGANÓ

Don Bosco Santo

INTRODUCCION: La canonización de Don Bosco.—Nuestra consagración religiosa.—Los grandes valores de la santidad salesiana: servir al Señor con alegría; tener corazón oratoriano; saber hacerse querer; ser asceta en la vida de cada día.—Intimidad con Jesucristo «Redentor».—Los dos enemigos que más perjudican a nuestra santidad.—Despedida.

Roma, 24 de septiembre de 1983

Queridos hermanos:

Estamos ya en vísperas del Capítulo General. Intensifiquemos, pues, nuestra adoración y oración para que descendan abundantes sobre la asamblea capitular y cada uno de sus miembros la luz y los dones del Espíritu Santo. El «acto de abandono» de toda la Congregación en María Auxiliadora, precisamente al comenzar el Capítulo, se propone recordar la actitud de Don Bosco para con Ella, en cuanto Madre y Guía, para que nos alcance del mismo Espíritu ser fieles y actuales intérpretes y testigos del patrimonio espiritual y apostólico del Fundador.

Está para concluirse el sexenio del mandato de servicio del Rector Mayor y del Consejo Superior: un Consejo muy trabajador y fraterno. En nombre de todos y cada uno de mis colegas y en el mío propio quiero agradecer a los Inspectores y a todos los hermanos la comunión y colaboración que hemos sentido en estos años de intenso trabajo y esperanza. Es también para mí el momento de examinar mi conciencia y pedir perdón al Señor y a todos por las indefectibles deficiencias y limitaciones en el ministerio de animar y di-

rigir la Congregación y en el diálogo con los hermanos.

Todos necesitamos crecer mucho más en lo que es la energía de vitalidad y la eficacia de misión en la herencia de Don Bosco, es decir, madurar mucho más en su tipo de santidad.

El próximo año 1984 nos ofrece la oportunidad de conmemorar el cincuentenario de la canonización de nuestro Padre y Fundador (1 de abril de 1934). Veamos en ello un llamamiento que nos estimule —como dice el aguinaldo de 1984— a *renovar nuestro propósito de vivir una santidad típicamente salesiana*.

La canonización de Don Bosco

El Papa Pío XI quiso canonizar a Don Bosco el mismo día de la solemnidad pascual de 1934, como conclusión del Año Jubilar de la Redención.

Al repasar las Actas del Consejo y el Boletín Salesiano de aquella época se revive un clima de extraordinaria emoción, de alegría festiva y de profundización vocacional. El Rector Mayor de entonces —don Pedro Ricaldone— escribía: *El día de la canonización va a ser, sin duda, el más glorioso de los vividos hasta hoy por nuestra Congregación e incluso me atrevería a decir que de cuantos viva en adelante*¹. Además hacía una comparación entre la Pascua de 1934 y la de 1846, en la que nuestro Padre *después de pasar de tribulación a tribulación, desechado de todas las partes de la ciudad en las que había intentado comenzar su obra, sin un solo palmo de tierra del que poder disponer libremente para bien de sus muchachos, (...) la Providencia le daba el espacio suficiente para plantar las tiendas y dar a su misión un principio de estabilidad. Las dos Pascuas abren y cierran verdaderamente el primer ciclo histórico de la obra salesiana y le asignan un puesto en los anales de la Iglesia*².

1. ACS, 29 enero 1934, pág. 143.

2. ACS, 8 dic. 1933, pág. 116.

No cabe duda, la canonización del Fundador tiene una importancia especial y un significado eclesial concreto para una familia religiosa. Es presentado ante todos como una expresión original de la vitalidad y santidad de la Iglesia. El canonizado deja de ser «propiedad privada» para hacerse porción escogida del patrimonio universal del Pueblo de Dios. Por eso, para sus seguidores, adquiere una autoridad incontestable en el campo espiritual. En una familia religiosa la canonización de su fundador tiene más importancia eclesial que la misma aprobación de las Reglas. El procedimiento que en uno y otro caso sigue la Sede Apostólica habla claro de su diferencia. Nos lo recuerda el primer artículo de nuestras Constituciones. La canonización de Don Bosco es una de las principales intervenciones de la Iglesia para reconocer oficialmente la iniciativa del Espíritu del Señor en la fundación de nuestra sociedad. Con razón creemos *con sentimientos de humilde gratitud (...)* que la Sociedad Salesiana no es sólo fruto de una idea humana, sino de la iniciativa de Dios³.

3. *Constituciones*, art. 1.

Efectivamente, como recordaba a las Hijas de María Auxiliadora en la carta que les escribí para el centenario de la muerte de María D. Mazzarello, la santidad de un fundador tiene un carácter peculiar, diferente de la del canonizado no fundador, no sólo por sus notas personales e históricas, sino precisamente por su índole propia y *estilo original en la santificación y en el apostolado* y por una experiencia de Espíritu Santo que *trasmite a un grupo de discípulos para que la vivan, guarden, profundicen y desarrollen constantemente en sintonía con el Cuerpo de Cristo que no deja de crecer*⁴.

4. *Mutuae Relationes*, 11.

En la vida de Don Bosco se fusionan el santo y el fundador; ello hace de él nuestro padre y nuestro modelo. El Espíritu Santo lo plasmó con un tipo concreto de santidad y le dio capacidad para engendrar hijos espirituales; por lo que puede repetir con el Apóstol: *Hacedos imitadores míos, como yo imito a Cristo*⁵.

5. *1 Corintios*, 11,1.

La historia nos dice que Don Bosco no tuvo otra salida para realizar su vocación y su santidad fuera del camino de fundador. La Providencia lo guió y de algún modo *casí lo forzó a iniciar* —como escribí a las Hijas de María Auxiliadora— *una experiencia inédita de santificación y de apostolado, es decir, le hizo leer el Evangelio y el misterio de Cristo en clave propia y personal, con una ductilidad especial para los signos de los tiempos. Esta originalidad comporta esencialmente una «síntesis nueva», equilibrada, armónica y —a su modo— orgánica de los elementos comunes a la santidad cristiana; en ella las virtudes y los medios de santificación tienen un lugar propio y una dosificación, simetría y belleza que los caracterizan*⁶.

6. ACS 301, pág. 24 s.

Lo sabemos muy bien: En la Iglesia lo que distingue a una familia espiritual frente a las demás no es lo cristiano, sino el modo especial de vivir sus contenidos y su misión. Por eso la familia salesiana lee el Evangelio con los ojos de la santidad de Don Bosco.

Esta idea es importantísima: Nos dice que nuestra santidad personal tiene una relación íntima con la del fundador al que estamos vinculados por la consagración religiosa madurada en la profesión perpetua. Así pues, nuestra consagración religiosa debe crecer y manifestarse en la santidad salesiana.

Nuestra consagración religiosa

El rito de la profesión perpetua se centra, por parte del ministro celebrante, en una solemne bendición o consagración litúrgica, con la que la Iglesia sella a los candidatos con el don del Espíritu, confirmando así su profesión religiosa.

Mira, Padre, a estos elegidos tuyos —invoca el ministro de la Iglesia con los brazos extendidos—; *infunde en ellos el Espíritu de santidad, para que con tu ayuda puedan cumplir lo que por don tuyo han prometido gozosamente*⁷.

7. 1.º formulario del Ritual.

Te lo pedimos humildemente, Padre: Manda tu Espíritu a estos hijos tuyos... Da fuerza a su propósito..., para que sean signo y testimonio de que Tú eres el único Dios verdadero y amas a todos los hombres con amor infinito⁸.

8. 2.º formulario ídem.

Ahora bien, lo que prometen los candidatos con gozo de su espíritu y lo que constituye «su propósito» queda indicado en la fórmula de la profesión que hacen en manos de su superior. Se proponen practicar los consejos evangélicos según el camino trazado en las constituciones —salesianas, en nuestro caso— y se comprometen a vivir el espíritu y la misión del Fundador en comunión con los hermanos de toda la Congregación⁹.

9. Cfr. Constituciones art. 74.

El sello del Espíritu Santo comporta su asistencia especial y un conjunto de dones, gracias y circunstancias providenciales para ayudar al salesiano a hacerse santo viviendo con fidelidad el espíritu y la misión de Don Bosco.

En consecuencia, la consagración religiosa está plenamente orientada a hacer posible el tipo de santidad que se promete al hacer los votos y que está descrito en las Constituciones.

Por un lado, la consagración religiosa —como en el sueño de los diez diamantes— es la estructura que sostiene e impulsa, la nervadura casi escondida, pero indispensable y fundamental, de nuestra santidad.

Por otro, es el título auténtico que les garantiza a los profesos la mediación eficaz de la Iglesia, que para ellos pide puedan vivir como signos y portadores eficaces del amor de Dios: los incorpora a un estado de vida eclesial sellado por el Espíritu a través de su acción y les proporciona medios y fuerzas para que den testimonio del espíritu de las bienaventuranzas con fidelidad gozosa.

La consagración religiosa, pues, alimenta, desarrolla y defiende en nosotros la santidad salesiana. Es un sello del Espíritu Santo estampado en el corazón de

cada hermano a través de la Iglesia, para que sepa ser un testigo preclaro de la santidad que Dios inició en Don Bosco.

Aquí interesa observar que el concilio Vaticano II recuperó en profundidad la peculiar consagración religiosa de los Institutos de vida activa. Es un tipo especial de alianza con Dios en el que la acción del Espíritu Santo imprime en los corazones una modalidad de entrega que muy bien podemos llamar *consagración apostólica*, es decir, una consagración religiosa y apostólica a la vez, que por la «gracia de unidad» se plasma en *caridad pastoral*.

Ante todo el Concilio renovó el mismo concepto de consagración religiosa al considerarla acción de Dios a través de su Iglesia¹⁰. Además, en el famoso número 8 de «*Perfectae Caritatis*», describió la originalidad de la vida religiosa activa. Durante estos años posconciliares ha avanzado mucho la reflexión sobre lo que es peculiar de la *consagración apostólica*. En este tipo de consagración religiosa vibra el sello divino de un instinto y modo de ser apostólicos que impregna de celo toda la vida religiosa e informa de espíritu religioso toda actividad e iniciativa apostólica¹¹.

De ese modo los dones y gracias que el Espíritu une a dicha consagración hacen que a diario se manifieste en peculiares actividades de vida la «gracia de unidad» entre el amor a Dios y el amor al prójimo, actitudes que son portadoras de un testimonio original del misterio de la Redención.

Ese es el sentido en que, a través de nuestra consagración apostólica, vivida con fidelidad a las Constituciones, el Espíritu del Señor nos invita e impele a profundizar y actualizar continuamente la santidad característica de nuestro Fundador y Padre.

El cincuentenario de su canonización nos ofrece para ello una oportunidad feliz y extraordinaria.

10. Cfr. *Lumen Gentium*, 44, 45.
Mutuae Relationi, 8.

11. Cfr. *Perfectae Caritatis*, 8.

Los grandes valores de la santidad salesiana

En una circular del año pasado —*Relancemos nuestra santidad* o *Recuperamos juntos nuestra santidad*— os recordaba que *sólo Dios es santo*. Para nosotros la santidad no es más que la misma vida de Dios injertada en lo más íntimo de nuestra existencia. Somos santos por lo que en nosotros hay de Dios.

Cuando miramos a la santidad de Don Bosco, lo que pretendemos es percibir lo que en él hay de Espíritu Santo, pues sabemos que este mismo Espíritu se propone forjar también nuestro corazón en el mismo espíritu de fe, esperanza y caridad, y robustecido y defendido por la misma ascesis peculiar de vaciamiento de sí mismo.

● *Servir al Señor con alegría*

El primer aspecto que llama nuestra atención cuando miramos a Don Bosco Santo, y que está como para esconder el prodigio de la intensa presencia del Espíritu, es su *actitud de sencillez y alegría*, que hace aparecer fácil y natural lo que en realidad es arduo y sobrenatural.

Es la alegría de vivir, atestiguada en el quehacer de cada día; es aceptar los acontecimientos como un camino concreto y audaz para la esperanza; es la intuición de las personas con sus dones y sus límites para vivir en familia; es el sentido agudo y práctico para el bien, con la convicción íntima de que éste —en nosotros y en la historia— es más fuerte que el mal; es el don de la predilección por la edad juvenil, que abre el corazón y la fantasía al futuro e infunde una ductilidad inventiva para saber asumir con equilibrio los valores de los tiempos nuevos; es la simpatía del amigo que se hace querer para crear pedagógicamente un clima de confianza y diálogo que lleva a Cristo; es una pérgola de rosas que se recorre entre cantos y sonrisas, aunque

se calzan buenas botas y defensas contra las abundantes espinas.

El famoso *nosotros hacemos consistir la santidad en estar siempre alegres* es fruto de un toque especial del Espíritu Santo. Es, pues, un tesoro divino que, como hemos dicho, se reviste de sencillez y alegría para esconder su valor prodigioso.

● *Tener corazón oratoriano*

El secreto de todo, bajo apariencias de sencillez y campechanía, era el corazón de Don Bosco latiendo siempre bajo el impulso del «da mihi ánimas».

Su ánimo lleva el sello de una peculiar e intensa «consagración apostólica». El Espíritu Santo había infundido en él una «gracia de unión» característica, que en su actitud contemplativa le hacía destacar el misterio de la Redención. Su corazón admira y ama ininterrumpidamente al «Dios-que-salva». Por eso su amor de caridad no se cansa de estar en acción.

El mismo Don Bosco nos enseña que debemos saber hacer que *caminen a la par vida activa y contemplativa, la vida de los Apóstoles y la de los Angeles*¹².

Don Pablo Albera, cuando describe la santidad de Don Bosco, nos dice que en él *perfección religiosa y apostolado eran una sola cosa*¹³.

Don Bosco dio testimonio de lo absoluto de Dios viviendo plenamente disponible a la misión de Cristo y de su Iglesia.

En mi circular sobre la familia salesiana¹⁴ traté de hacer ver el tipo de amor sobrenatural propio del corazón de Don Bosco: *La caridad pastoral*, que es la energía que da unidad a su espíritu, la originalidad que acompaña a nuestra consagración religiosa y el manantial de nuestra santidad.

Nosotros necesitamos hacer que nuestro corazón lata como el suyo, bajo el impulso del «da mihi áni-

12. Cfr. *Constituciones de las Hijas de María Auxiliadora*, año 1885, cap. XIII.

13. Carta del 18-10-1920. Cfr. *Lettere circolari di Don Paolo Albera*, Turin 1965, pág. 366.

14. ACS 304 (abril-junio 1982).

mas». No se trata de una simple expresión; es la intuición de la «primera chispa» que explica toda nuestra santidad: vivir de caridad pastoral, encarnada en el don de la predilección por la juventud y caracterizada por la bondad. Ahí está, en su mismo manantial, la vena de agua cristalina y saludable de la santidad salesiana.

● *Saber hacerse querer*

Acabo de nombrar la «bondad». Es algo sustancial en la santidad de Don Bosco: una santidad simpática y atractiva. Pero lo es, no por un afán ingenuo de popularidad —sería contrario a la santidad—, sino porque la caridad pastoral de donde nace, está intrínsecamente orientada hacia el don de la predilección por los jóvenes. En consecuencia, por exigencia pastoral se convierte en *caridad pedagógica*.

La bondad es un conjunto de actitudes —equilibrio, estilo de convivencia, don de sí, humildad, paciencia, sentimientos justos y vivos, afabilidad, alegría, capacidad de comunicación, contagio del bien— que crean una atmósfera de familiaridad.

En el aguinaldo de 1984 he querido hacer presente a todos el centenario de la famosa carta que Don Bosco escribió desde Roma, para que *nos estimule a renovar nuestro propósito de vivir una santidad típicamente salesiana*. El adverbio «típicamente» ocupa aquí un lugar estratégico, pues debe explicar y justificar la afirmación inicial, por sí misma paradójica, de que no basta el amor.

Sí. A simple vista la afirmación «no basta amar» de la carta de Roma podría escandalizar a alguien. ¿No había dicho el gran Agustín de Hipona: *¿Ama y haz lo que quieras?*... Pero para un santo «pedagogo» como Don Bosco estaba probado por la experiencia que no basta amar. La «caridad pedagógica» exige

algo más: Hacerse querer; es decir: saber traducir el amor en actitudes de bondad, en metodología de amistad, en familiaridad de diálogo y en alegría de convivencia. Leamos juntos algunos dichos de la carta de Roma:

*El afecto era lo que nos servía de regla;
ser considerados padres, hermanos y amigos;
hacer que crezca la familiaridad cordial;
quien quiera ser querido debe hacer ver que ama;
el que es querido logra todo, especialmente de los muchachos;
ese amor hace soportables la fatiga, la rutina, la ingratitud,
las molestias, las faltas y las negligencias;
cuando flojea ese amor, es que las cosas ya no marchan tan bien;
el mejor plato en una comida es la buena cara;*
y, finalmente, el angustioso y entrañable requerimiento de Don Bosco:

¿Sabéis lo que desea de vosotros este pobre viejo que por sus muchachos ha gastado toda su vida?... —Pues que para todos vuelvan los días del afecto y la familiaridad cristiana, del espíritu de condescendencia y tolerancia por amor de Jesucristo, los días de los corazones abiertos sencilla y candorosamente, los días de la caridad y de la auténtica alegría¹⁵.

En una palabra, el secreto de nuestra caridad pastoral y pedagógica —es decir, de nuestro corazón oratoriano— está en la bondad que es saber hacerse querer. Precisamente por eso nos llamamos «salesianos»: por la dulzura y amabilidad de san Francisco de Sales.

15. *Memorias Biográficas*, 17, 107-114.

Ser ascetas en la vida de cada día

Vivir alegres y hacerse querer es bonito y simpático; pero puede no ser santidad. Don Bosco, para dar a su santidad las atrayentes características pedagógico-pastorales que acabamos de recordar, hizo enormes e ininterrumpidos esfuerzos ascéticos. Cultivó siempre,

para sí mismo y para los demás, una fuerte pedagogía del dominio de sí. La formuló en el realista lema «trabajo y templanza».

Este binomio —para nosotros indivisible— implica un sentido espiritual y práctico del quehacer diario, donde se encarnan hora a hora, uno y otro día, los ideales y los dinamismos de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestra caridad. En la densidad de la realidad de cada día y en las exigencias del propio deber, de las personas con quienes se convive y de las situaciones reales se encuentran los elementos prácticos para atemperar el propio egoísmo y llegar a un verdadero dominio de sí. El trabajo y la templanza, siempre juntos, compendian de un modo muy positivo todo el vasto campo de la disciplina ascética salesiana. Son ellos —dejó dicho don Bosco— los que *harán florecer la Congregación*¹⁶.

16. *Cfr. Constituciones*, 42.

En el sueño de la pérgola de rosas —tan rico de significado a este respecto— anota nuestro Padre: *La muchísima gente que me veía caminar por aquella pérgola exclamaba: «Don Bosco siempre camina sobre rosas; va adelante tranquilísimo; todo le sale bien». Pero no veían las espinas que martirizaban mis pobres piernas. Muchos sacerdotes, seminaristas y laicos que yo había invitado, se habían puesto a seguirme con mucha alegría, seducidos por la hermosura de aquellas flores; pero cuando se dieron cuenta de que había que caminar sobre espinas punzantes y que éstas asomaban por doquier, comenzaron a gritar: «Nos han engañado». Yo les respondí: «El que desee caminar por un blando camino de rosas, que se retire; los demás, que me sigan»*¹⁷.

17. *Memorias Biográficas*, 3,34.

Nosotros, hermanos, somos de los que le seguimos, convencidos de que sin disciplina ascética no construiremos la santidad salesiana.

La caridad pastoral traducida en incansable trabajo apostólico y la bondad del hacerse querer sostenida por una templanza inteligente y tenaz —que implica hu-

mildad, mansedumbre, pureza, equilibrio, santa piedad, sobriedad y austeridad alegre— nos harán evitar los peligros de la vida cómoda, de un alto nivel de vida, del sentimentalismo y de la sensualidad, cosas propias de quien se va secularizando y aburguesando.

En la ascesis que supone el trabajo y la templanza nuestro Padre nos legó una metodología experimentada para nuestra santidad. Sin ella no podremos ser fieles a la consagración apostólica que nos ha sellado con el sello del Espíritu Santo y nos atrae los dones y gracias para ser salesianos santos.

Intimidad con Jesucristo «Redentor»

La canonización de Don Bosco tuvo lugar en la Pascua de un Año Santo de la Redención.

En el discurso de la solemne audiencia que Pío XI concedió el 3 de abril de 1934 en la basílica de san Pedro a toda la familia salesiana reunida en Roma para la proclamación de la santidad de su Fundador, el Papa quiso hacer ver la conexión de este fausto acontecimiento con los valores del Año Santo de la Redención. Dijo Pío XI: *Jesucristo indica expresamente el fruto de toda su obra de redención cuando afirma: «Yo he venido para que tengan vida, una vida verdadera y completa» (Juan 10,1) (...). Tal es la vida cristiana, porque es Cristo quien la dio al mundo (...). Pues Don Bosco nos dice hoy: «Vivid la vida cristiana como la viví yo y como yo os la enseñé». Pero nos parece que Don Bosco a sus hijos —suyos de un modo tan especial— os añade algo todavía más indicativo (...). Os enseña un (...) secreto: El amor a Jesucristo, pero a Jesucristo «Redentor». Podríamos decir incluso que ese fue uno de los pensamientos y uno de los sentimientos que dominaron toda su vida. Lo reveló en su famoso santo y seña: «Da mihi ánimas». Un amor que nace en la meditación continua y cons-*

tante de lo que son las almas, no consideradas en sí mismas, sino en lo que son en el pensamiento, en la obra, en la Sangre y en la muerte del divino Redentor. Abí vio Don Bosco todo el inestimable e inasequible tesoro que son las almas. De ahí su aspiración y plegaria: «Da mihi ánimas». Esta nos da a conocer su amor al Redentor. En ella, por felicísima necesidad, el amor al prójimo se hace amor al divino Redentor y el amor al Redentor se hace amor a las almas redimidas, las almas que en el pensamiento y estimación (de Cristo) se revelan como no pagadas a un precio excesivo, pues que lo hizo con su Sangre. Tal es precisamente —concluye Pío XI— el amor del divino Redentor que hemos venido recordando y agradeciendo a lo largo de todo este Año de multiplicada Redención¹⁸.

18. ACS 66 (mayo de 1934) págs. 181-182.

Por una feliz coincidencia también nosotros conmemoramos el cincuentenario de la canonización de nuestro Padre al finalizar un Año Santo extraordinario de la Redención. Las palabras de Pío XI, como comentario del «da mihi ánimas» nos dicen con toda claridad que el secreto del corazón de Don Bosco está en la amistad íntima con Jesucristo contemplado en su misión de Redentor.

Nos es, por lo tanto, imprescindible cultivar nuestra relación de amistad personal con Jesucristo Redentor para ser de verdad discípulos suyos como lo fue nuestro Fundador.

Pero para ser un verdadero discípulo de Jesucristo se necesitan dos condiciones fundamentales: Tener los mismos sentimientos de Cristo y llevar generosamente su cruz.

● *La primera condición es tener los sentimientos de Cristo.* Esto es fruto de la meditación y oración, es decir, de la dimensión contemplativa, que al centrar la propia mirada en el Redentor llena el corazón de los mismos ideales e intenciones que El tenía. Se trata de cultivar una unión con Cristo que sumerja el propio

espíritu en el misterio de la salvación: un testimonio y una misión que sean a la vez amor a Dios y celo de redención. Es un misterio que se sitúa en el centro de la intimidad de nuestra persona y la mueve como manantial y alimento de su caridad pastoral y pedagógica.

Tal es la razón por la que el salesiano que quiere hacerse santo procura que sea constante su relación con Cristo. El encuentro diario con Cristo —os escribía el año pasado— *supone... una amistad constante. Pero yo aquí me quiero referir precisamente a reservarle a diario una cantidad concreta de tiempo: se llama meditación y oración personal, horas litúrgicas y Eucaristía. El sacramento del memorial de su Pascua, que encierra el amor más grande de toda la historia, debe ser vitalmente el centro propulsor de todos nuestros corazones y de todas nuestras casas*¹⁹.

19. ACS 303, pág. 19 s.

● *La segunda condición para ser verdadero discípulo es el espíritu de sacrificio, que supone dominio de sí y renuncia, es decir, saber aceptar y asumir en la propia existencia el misterio de la Cruz.*

*Ser «discípulo» sin renuncia ni sufrimiento —escribe un exegeta protestante— es una contradicción manifiesta, como la sal que ha perdido su consistencia esencial. La cualidad constitutiva del discípulo es inseparable de la función que debe cumplir en favor del mundo y viceversa. Ser «discípulo» es siempre ser discípulo para el mundo. Y como para ser «discípulo» se requiere espíritu de sacrificio, el mundo necesita un discípulo que sepa sufrir, renunciar y sacrificarse*²⁰.

20. O. CULMANN, *La fe y el culto en la Iglesia primitiva*, Scöudium, Madrid 1971, pág. 308.

Don Bosco —ya lo hemos visto— nos enseña a aguantar las espinas: *El que desee caminar por un blando camino de rosas, que se retire; los demás, que me sigan.*

En este sentido meditábamos, hace unos meses, las aportaciones profundas del martirio y de la pasión al espíritu apostólico salesiano²¹.

21. ACS 308.

El que busca una vida de comodidades, una vida de rico —dejó escrito Don Bosco— no entra con buen fin en

nuestra Sociedad. Nosotros ponemos como fundamento la palabra del Salvador cuando dice: «El que quiera ser discípulo mío... que me siga con la oración, con la penitencia y, sobre todo, que se niegue a sí mismo, cargue con la cruz de las tribulaciones diarias y que me siga»... hasta la muerte y, si fuera menester, incluso hasta la muerte en cruz. Es lo que hace en nuestra sociedad el que consume sus fuerzas en el sagrado ministerio, en la enseñanza o en otro ejercicio (apostólico), hasta una muerte acaso violenta en la cárcel o en el exilio, a hierro, agua o fuego, hasta el momento en que, después de sufrir y morir con Jesucristo en la tierra, pueda ir a gozar con Él en el cielo²².

22. Carta circular: 9 junio 1867; Cfr. *Memorias Biográficas*, 8, 828-830.

Los dos enemigos que más perjudican a nuestra santidad

La naturaleza de la consagración religiosa está plenamente orientada a llevarnos a la santidad. Si no es así —es decir, si no la vivimos de cara a la santidad— se adultera y pierde de hecho toda su razón de ser.

Es una afirmación terrible; pero, por desgracia, la podemos comprobar, en su aspecto negativo, en la misma vida: la crisis de estos años nos da para ello muchos elementos concretos.

En mi experiencia de estos seis años he podido reconocer en diversas partes el inicio de dos deficiencias que, en su grado más alto, me parecen los dos enemigos más peligrosos para la santidad salesiana. Son: *El vaciamiento de la originalidad pastoral y el desmantelamiento de la disciplina religiosa.*

- Respecto al primero —vaciamiento de la originalidad pastoral— hemos visto que la caridad pastoral ocupa el centro de nuestro espíritu y, por tanto, de nuestra santidad.

La pastoral es una invención de Jesucristo. Fue Él

quien la introdujo en la historia de la humanidad. Su origen está en el misterio de la Redención. Se relaciona con todo lo humano; pero no se identifica con ninguno de sus aspectos: cultura, ciencia, política, promoción, economía, ideologías, etc.; su originalidad es absoluta. Esta comporta una «forma mentis» y un modo de hacer propio y singular, alimentado y juzgado únicamente por la fe y por la caridad sobrenaturales. No basta ser trabajador, generoso, valiente, estar al día y ser actual; es indispensable tener, como motor de todo, un «corazón pastoral». Lastimosamente flota en el aire de no pocas regiones un sentido de horizontalismo que provoca una verdadera superficialidad espiritual. Esta, por su parte, fácilmente vacía la pastoral quitándole su excelsa originalidad, haciendo que quienes lo profesan caigan en las modas de las ideologías o en un activismo vacío.

Para vencer tal enemigo urge cultivar una actitud de reflexión y de contemplación, para devolver su puesto central al «da mihi ánimas». Únicamente desde esta posición se escala la santidad salesiana.

● El otro enemigo es el desmantelamiento de la disciplina religiosa.

Para ser fieles a la donación de sí mismo hecha en la profesión religiosa es preciso seguir una metodología práctica, que incluye renunciaciones grandes y pequeñas, sensibilidad hacia algunas mediaciones representativas, convicciones ascéticas, valoración de determinados signos, medios de disciplina, tradiciones de solera en el propio Instituto, iniciativas personales de mortificación, etc. Es imposible vivir los ideales religiosos sin una pedagogía ascética.

Ahora bien, no es difícil encontrarse hoy con un modo de razonar y juzgar que se cree en un nivel ideológico superior desde el que se permite menospreciar las exigencias concretas de una metodología de fide-

dad. Sobre todo para los salesianos, que tendemos a una santidad caracterizada precisamente por una especial dimensión pedagógica, esa petulante superficialidad sería una contradicción evidente. ¿Qué clase de santo podrá ser el salesiano que, queriendo testimoniar una caridad pastoral y pedagógica, desprecia o no considera las renunciaciones inherentes a los votos, las mediaciones del magisterio eclesial, las orientaciones y directrices de los capítulos generales y de los superiores, el ejercicio diario del vaciamiento del propio yo, los signos eclesiales de la sagrada liturgia, la disciplina del vivir comunitario, las exigencias ascéticas de determinados artículos de las Constituciones y de los Reglamentos o el exigente esfuerzo del dominio de sí?... Es evidente que el aburguesamiento, el secularismo, el disfraz mundano y la servil imitación de la moda no prestan un buen servicio a la santidad salesiana.

Don Bosco Santo nos interpela y nos exhorta a no dismantelar de ningún modo las exigencias de la profesión religiosa. *El primer objetivo de nuestra sociedad — dejó escrito — es la santificación de sus miembros (...). Que cada uno se lo grave bien en su mente y en su corazón: Desde el Superior General hasta el último de los socios, nadie es imprescindible en nuestra Sociedad. Únicamente Dios es el Jefe y Señor absolutamente necesario. Por eso los socios deben dirigirse a su Jefe, a su verdadero Señor y Remunerador, a Dios. Únicamente por amor de El debe ingresar en la Sociedad; por amor de El trabajar, obedecer y dejar cuanto poseía en el mundo para poder decir al final de su vida al Salvador que hemos escogido por modelo: «Mira, hemos dejado todo para venir contigo. ¿Qué debemos esperar?»²³.*

Concluyendo: Que la canonización de Don Bosco nos estimule, como dice el agualdo de 1984 a *renovar nuestro propósito de vivir una santidad típicamente salesiana.*

23. *Memorias Biográficas*, ibídem.

Hemos llegado a la despedida.

Queridos hermanos: Nuestras citas de animación de las *Actas del Consejo Superior* durante este sexenio han sido veintidós, con temas importantes para nuestra renovación. Comenzamos con el llamamiento mariano de acoger a la Virgen en nuestra casa y relanzar, de un modo renovado y conciliar, nuestra devoción a María Auxiliadora²⁴. Ahora las terminamos con estas breves consideraciones y exhortaciones sobre la santidad de Don Bosco.

24. ACS 289 (enero-junio 1978).

Nuestra vocación y misión salesiana está impregnada de consagración religiosa para dar testimonio de una santidad apostólica peculiar. Somos hijos de santos y vivimos para ser signos y portadores de santidad. No nos desanimemos: de la santidad también forma parte la conversión y la penitencia para superar nuestros defectos.

Don Bosco en su testamento se despide con estas palabras tan afectuosas: *Adiós, hijos míos, adiós. Os espero en el cielo. Allí hablaremos de Dios, de María Madre y sostén de nuestra Congregación; allí bendiciremos eternamente a nuestra Congregación, pues la observancia de sus Reglas contribuyó poderosamente y eficazmente a salvarnos. «Bendito sea el nombre del Señor ahora y siempre. En Ti, Señor, confíe; no me veré defraudado para siempre»*²⁵.

25. *Memorias Biográficas*, 17,25.

Que Don Bosco Santo nos consiga la maternal asistencia de María para saber hacer a los jóvenes el regalo salesiano que más anhelan: nuestra santidad pastoral y pedagógica.

Recemos intensamente al Señor por el éxito del próximo Capítulo General.

Para todos mi saludo cordial.

Con esperanza y gratitud fraternas



